

El regalo de la
GRACIA
de Dios

El regalo de la GRACIA de Dios

Vida Esperanza y Verdad

Esta publicación no es para la venta. Es un material educativo gratuito producido por la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial.

© 2025 Iglesia de Dios, una Asociación Mundial
Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la
versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Autor: Kendrick Diaz
Revisores doctrinales: John Foster, Bruce Gore, Peter Hawkins, Don Henson, Doug Johnson, Chad Messerly, Larry Neff
Diseño: Elena Salyer

Contenido

- 5 Introducción: ¿Es necesaria la gracia?
- 8 Definición bíblica
- 16 La gracia salva
- 20 Recuadro: Cómo los sacrificios del Antiguo Pacto anunciaron la gracia
- 23 Recuadro: El llamamiento por gracia de Dios
- 30 Inmerecido no significa incondicional
- 33 Recuadro: Jesús y la mujer adúltera: ¿qué nos enseña esta historia acerca de la gracia?
- 41 Pablo y la gracia
- 44 Recuadro: ¿Qué significa estar bajo la gracia y no bajo la ley?
- 48 Conclusión: Un regalo para usted

Introducción

¿Es necesaria la gracia?

Cuando nos miramos al espejo, la mayoría de nosotros no ve un monstruo malvado. Probablemente vemos a una persona decente, con buenas intenciones, cuyos defectos no son tan malos como los de otros.

O por lo menos eso nos decimos. Después de todo, no somos Stalin o Hitler. *Ellos* sí que eran malos.

Pero ¿cambiaría la opinión de nosotros mismos si usáramos otro estándar —el estándar de la ley de Dios? Por ejemplo, ¿qué sucede cuando consideramos las horas sin trabajar que no reportamos, las mentiras ocasionales, la ira irracional y las expresiones de odio, las veces en que nos obsesionamos con productos que vemos en las tiendas o en Instagram, o los pensamientos lujuriosos acerca de alguien del sexo opuesto?

Estos son sólo cinco comportamientos que ilustran cómo podemos quebrantar la letra y el espíritu de la ley de Dios, que prohíbe robar, mentir, matar, codiciar y adulterar (Éxodo 20:1-17; Mateo 5:20-30).

Practicar tan sólo una de estas cosas es suficiente para que dejemos de ser buenos a los ojos de Dios; y probablemente todos hemos cometido una combinación de errores similares más veces de las que podemos contar.

Entonces, ¿realmente somos tan buenos como pensamos?

Gracia: una necesidad universal

Algo que la mayoría tiene claro acerca de la gracia es que todos la necesitamos.

David escribió por inspiración divina: “El Eterno miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Salmos 14:2-3).

Esto no significa que nunca nadie haya hecho algo bueno. David simplemente estaba destacando una profunda verdad acerca de nuestra identidad cuando nos medimos según los estándares perfectos de Dios: todos somos *pecadores*.

El destino de los pecadores se describe claramente en la Biblia. Desde Génesis hasta Apocalipsis, la advertencia es consistente: “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

No podemos simplemente escapar del pecado, deshacernos de él ni anularlo con buenas obras. Todo pecado resulta en condenación; y como Moisés les advirtió a los israelitas: “sabad que vuestro pecado os alcanzará” (Números 32:23).

Entonces, la única salida es a través del perdón de Dios. Para ser salvos de las consecuencias eternas del pecado, necesitamos estar bajo su gracia.

Aclarando la confusión

Tal vez esto no es nuevo para usted.

Tal vez ya lo había pensado, se había dado cuenta de que necesita un Salvador, hizo algo al respecto y ahora vive bajo la gracia.

Tal vez. Pero no esté tan seguro.

Piénselo: ¿qué le enseñaron acerca de la gracia? ¿Están esas enseñanzas basadas en la Biblia o en tradiciones humanas?

Aunque casi todas las iglesias modernas predicán la necesidad de la gracia, sus respuestas a las muchas preguntas relacionadas son poco claras o abiertamente contrarias a lo que dice la Biblia.

¿Qué necesitamos hacer para recibir gracia? ¿Podemos perderla? ¿Tiene la gracia que ver sólo con el perdón de pecados? ¿Reemplaza a la ley? ¿Pueden todos los seres humanos recibir la gracia ahora?

A lo largo de este folleto, responderemos estas preguntas y más.

Durante mucho tiempo, el concepto de la gracia ha sido mistificado o reducido a un cliché, y como resultado, muchos se confunden o entienden superficialmente lo que significa. Millones de personas alaban la gracia en canciones como *Amazing Grace*, pero les sería difícil dar una definición concreta de este concepto.

Si queremos la gracia de Dios (y es evidente que deberíamos quererla), entonces es esencial que la entendamos apropiadamente.

Ése es el propósito de esta publicación: ayudar a desmitificar el concepto de gracia y aclarar lo que es y lo que no.

Esperanza en la gracia de Dios

La verdad es que un buen espejo puede ser despiadado, porque nos muestra nuestros defectos y carencias implacablemente. Pero, por otro lado, nuestro Dios se sienta en el “trono de la gracia” (Hebreos 4:16).

El propósito de mirarnos al espejo no es autoflagelarnos incesantemente con culpa y vergüenza. Es reconocer que nuestra única esperanza de cambio proviene del *Dios que gobierna con benignidad y misericordia*.

La gracia que Dios nos ofrece transforma la manera en que vemos nuestra relación con Él y es clave para comprender cómo nos dará un futuro más brillante de lo que podríamos describir con palabras.

Definición bíblica

S*ola gratia* (“solamente gracia”) se convirtió en un llamado a la movilización durante la Reforma Protestante, a principios del siglo XVI. Proclamaba que la salvación se obtiene *sólo* a través de la gracia, una idea revolucionaria en el tiempo en que la Iglesia Católica Romana imponía sacramentos, peregrinaciones, indulgencias y otras “obras” necesarias para la salvación.

Los reformadores iban por buen camino cuando se opusieron a la posición de la Iglesia Católica. Pero, desafortunadamente, su interpretación de la gracia fue *más allá* de lo que Jesucristo y sus apóstoles creían y enseñaban.

Este “redescubrimiento” del mensaje apostólico acerca de la gracia estaba mezclado con conclusiones teológicas personales, lo cual dio paso a doctrinas como el concepto calvinista de la predestinación (la promesa incondicional de salvación para algunos y no otros) y la justificación sólo por fe.

Así, la gracia se convirtió en una “súperpalabra” teológica —un término multifuncional para apoyar las enseñanzas complejas y matizadas de la teología de la Reforma.

Hasta el día de hoy, muchas de esas ideas permanecen casi iguales y tienen un estatus prácticamente sagrado para la comunidad protestante.

Pero, dado que la gracia es esencial para la salvación, y que los malentendidos pueden tener consecuencias graves, deberíamos analizar las Escrituras para comprobar o desmentir las nociones modernas de este concepto.

En otras palabras, necesitamos una definición bíblica.

Cuando estudiamos el concepto de la gracia en la Biblia, podemos disipar la confusión y tener un entendimiento claro y equilibrado acerca de qué es realmente la gracia y qué implica.

Dos términos importantes

Para entender el concepto bíblico de gracia, primero debemos estudiar el término hebreo del cual proviene: *hên*. Aunque puede referirse a cualquier cosa hermosa a la vista o el oído, generalmente *hên* se refiere a un trato positivo inesperado, específicamente por parte de alguien con mayor rango o estatus.

Según *The Complete Word Study Dictionary: Old Testament* [Diccionario completo: Antiguo Testamento], *hên* sugiere “un sentido de aceptación o preferencia” y “una posición o privilegio especial a los ojos de Dios o las personas” (Warren Baker y Eugene Carpenter, p. 354). Esto explica por qué algunas Biblias en español a veces traducen *hên* como “bondad”. Aunque “gracia” y “bondad” pueden ser equivalentes, “bondad” ofrece una traducción más simple y directa de *hên*.

Veamos, por ejemplo, un momento en la historia de Rut. Cuando Booz, un terrateniente acaudalado, le ofreció privilegios extras mientras ella espiaba en su campo, Rut le agradeció y preguntó: “¿Qué he hecho para merecer tanta bondad [*hên*]?” (Rut 2:10; Nueva Traducción Viviente). Aquí, una persona de mayor estatus (Booz) trató a una persona de menor estatus (Rut) con más amabilidad de la requerida.

Eso es *hên* en acción.

El concepto hebreo de *hên* se denota en el Nuevo Testamento con la palabra griega *charis*. Definida como “favor, benevolencia, buena disposición” (Spiros Zodhiates, *The Complete Word Study Dictionary: New Testament* [Diccionario completo: Nuevo Testamento], p. 1469), *charis* es en esencia el equivalente de *hên* en el Nuevo Testamento. De hecho, la Septuaginta (versión griega del Antiguo Testamento), traduce *hên* consistentemente como *charis* reafirmando la conexión entre las dos palabras. También es interesante notar que *charis* enfatiza el carácter del benefactor en lugar del regalo mismo o al receptor.

Charis aparece al principio de la historia de María, cuando un ángel visita a la futura madre de Jesús y proclama su concepción milagrosa. “No temas”, le dice el ángel a María, “porque has hallado gracia [*charis*] delante de Dios” (Lucas 1:30).

Dios le mostró *charis* a María cuando la escogió para el honor extraordinario e inmerecido de llevar en su vientre al Mesías y después criarlo.

Pero, en lugar de enfocarse en la “bondad” como sucede a veces en el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento traduce *charis* principalmente como “gracia”. La razón probable es que *charis* a menudo se asocia con la salvación, aunque esto también podría llegar a ser confuso.

Ya sea “bondad” o “gracia”, *hên* o *charis*, el concepto central es el mismo: recibir el favor de otra persona y como resultado ser considerado en forma positiva.

Ejemplos humanos de gracia

La gracia y sus efectos sobre otras personas son un tema central en varias historias bíblicas. Estudiar estos ejemplos puede ayudarnos a entender mejor este concepto en su contexto histórico.

Esau y Jacob

La historia de Jacob y Esau es un ejemplo de la historia temprana.

Cuando su padre Isaac envejeció, Esau, el primogénito, se preparaba para heredar las bendiciones originalmente prometidas a Abraham: riquezas, territorio y dominio geopolítico. Pero su madre Rebeca prefería a Jacob y creía que él debía ser el heredero. Dios le había dicho: “el mayor servirá al menor” (Génesis 25:23), pero las cosas no parecían ir en esa dirección.

Entonces, Rebeca ayudó a Jacob para que engañara a Isaac. Esau se enfureció y en su ira prometió: “mataré a mi hermano Jacob” (Génesis 27:41), así que Jacob huyó a la tierra de su tío Labán.

Años más tarde, Jacob regresó, nervioso por la reacción que tendría Esau y esperando “hallar gracia [*hên*] en [sus] ojos” (Génesis 32:5).

Pero, en lugar de buscar venganza, Esau corrió a encontrarlo, lo abrazó y lo besó (Génesis 33:4).

Aunque Esau pudo haber cumplido su amenaza, tomó la decisión de mostrar gracia y, esa gracia, salvó la vida de Jacob.

José

La vida de José, uno de los doce hijos de Jacob, dio un giro impresionante debido a la gracia. Su historia es conocida: sus hermanos lo vendieron a la esclavitud egipcia por odio.

Pero, a pesar de sus pruebas, “el Eterno estaba con José, y fue varón próspero; y estaba en la casa de su amo el egipcio. Y vio su amo que el Eterno estaba con él, y que todo lo que él hacía, el Eterno lo hacía prosperar en su mano. Así halló José gracia [*hēn*] en [los ojos de Potifar], y le servía; y él le hizo mayordomo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía” (Génesis 39:2-4).

Esta demostración de bondad iba mucho más allá de lo que un esclavo extranjero normalmente podía esperar, en especial de alguien con el estatus de Potifar. En otras palabras, José recibió gracia; fue aceptado y estimado por Potifar, y eso le trajo beneficios.

Más tarde, cuando José fue puesto en prisión injustamente, algo similar ocurrió con el carcelero: “el Eterno estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia [*hēn*] en los ojos del jefe de la cárcel” (v. 21).

Dios utilizó al carcelero para concederle gracia a José y la historia se desarrolló como antes. José recibió bondad inmerecida, lo cual le permitió sacar provecho de sus infortunios. Más tarde, Dios también le dio a José favor a los ojos de Faraón, quien lo puso en una posición importante sobre Egipto (Génesis 41:37-41).

Todos estos eventos en la historia de José fueron puntos de inflexión que muestran cómo la gracia puede transformar las dificultades en oportunidades.

Los ejemplos continúan: el favor de David ante Saúl le permitió convertirse en paje de armas del rey (1 Samuel 16:21-22); su favor ante Jonatán proveyó de ayuda en tiempos difíciles (1 Samuel 20:3); el favor del rey Asuero para con Ester dio paso a una serie de eventos que salvaron a los judíos de la aniquilación total (Ester 2:17; 5:2).

Pero la lección clave es ésta: cuando se otorgó gracia, las circunstancias cambiaron, se abrieron puertas, se transformaron vidas. *Todo mejoró*.

Éste es un tema recurrente en las Escrituras: la gracia cambia las cosas, cambia vidas y a veces incluso el curso de la historia.

El Dios de gracia

Si mostrar gracia es algo bueno (y lo es), y si incluso los humanos somos capaces de hacerlo (y lo somos), entonces es lógico que Dios muestre la clase de gracia más enriquecedora y transformadora posible.

En el Antiguo Testamento, el adjetivo hebreo *hannûn*, que significa “misericordioso” se aplica casi exclusivamente a Dios (con una posible excepción en Salmos 112:4). “Misericordioso” captura mucho de lo que Dios es en una sola palabra. Él está *lleno* de gracia y su generosidad y favor hacia la humanidad son ilimitados.

Uno de los muchos ejemplos es la historia del Éxodo. Dios no ignoró a su pueblo cuando era esclavo en Egipto; en cambio, intervino con poder obrando una serie de milagros que humillaron a los egipcios hasta que prácticamente obligaron a los israelitas a salir de su tierra.

Luego Dios guio a su pueblo al pie de una montaña en el desierto donde Él, el Creador del universo, se les presentó personalmente y confirmó su compromiso de entregarles la Tierra Prometida.

Sería lógico esperar que al presenciar estos impresionantes eventos históricos produjera en los israelitas un profundo sentido de compromiso con Dios. Ante la misericordia de su Libertador, la humildad y la fidelidad hubieran sido una respuesta razonable. Y sí, el pueblo le fue fiel por un corto tiempo.

Sin embargo, pronto sucumbieron al *pecado* y adoraron desvergonzadamente a un becerro de oro a los pies del monte Sinaí. Su traición fue colosal.

A a pesar de sus acciones, Moisés intercedió por los israelitas y Dios misericordiosamente detuvo su justa ira para perdonar al pueblo rebelde.

¿Por qué? La razón se revela en una poderosa declaración que Dios hace acerca de sí mismo: “YO SOY el SEÑOR, YO SOY fuerte, misericordioso, y *lleno de gracia*; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guardo la misericordia en millares” (Éxodo 34:6-7, Biblia del Jubileo, énfasis añadido).

Muchos años después, David escribió un salmo de alabanza a Dios por su misericordia, tal vez con la historia del Éxodo en mente: “Misericordioso y clemente es el Eterno; lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (Salmos 103:8-10).

Los ejemplos de la misericordia de Dios *llenan* las Escrituras. Sólo por mencionar algunos: le prometió incondicionalmente a Abraham inmensas bendiciones (Génesis 17:1-8); salvó misericordiosamente a Lot y a sus hijas de ser incinerados junto con Sodoma y Gomorra (Génesis 19:16-17); le dio a la malvada ciudad de Nínive una oportunidad (Jonás 3:10).

Y en el mayor acto de misericordia inimaginable *sacrificó a su Hijo por el mundo entero* (Juan 3:16). Las acciones de Dios son prueba de su misericordia. Mostrar favor a quienes no lo merecen es una expresión de su carácter.

¿Se puede perder la gracia?

La gracia pertenece al benefactor. Es el benefactor quien decide darla o retenerla.

Como explica *Theological Dictionary of the Old Testament* [Diccionario teológico del Antiguo Testamento]: “Para quien recibe *hēn*, este regalo es diferente a

los demás en el sentido de que nunca se convierte en su posesión. Literalmente, uno halla favor en los ojos de otra persona, y es ahí donde el favor permanece. Es similar a la reputación, que tampoco es una posesión del receptor” (G. Johannes Botterweck, Helmer Ringgren, y Heinz-Josef Fabry, eds., Vol. 5, p. 26).

¿Qué implica esto para nuestro entendimiento de la gracia? Implica que Dios, que es misericordioso y también justo, *puede* decidir retirar su gracia. Esta decisión es exclusivamente suya, como declara en Éxodo 33:19: “tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente”.

Así como los humanos no estamos obligados a extender nuestro favor hacia nadie, Dios no está obligado a mostrar su gracia.

Los israelitas aprendieron esta lección de la forma difícil. Poco después de que cruzaran el río Jordán hacia la Tierra Prometida, Dios le reveló a Moisés una sombría profecía acerca de su futuro: “este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para estar en medio de ella; y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él. Y se encenderá mi furor contra él en aquel día; y los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro [una metáfora que describe el acto de quitar su favor], y serán consumidos” (Deuteronomio 31:16-17).

Cientos de años más tarde, esa profecía se cumplió con una precisión impresionante. El reino norte de Israel había caído bajo los asirios y Judá estaba al borde de la destrucción. Y luego de que se rehusara a arrepentirse en cada oportunidad que le dió Dios, le recordó al pueblo de Judá su advertencia:

“Vosotros habéis hecho peor que vuestros padres”, reprendió al pueblo a través de Jeremías. “Porque he aquí que vosotros camináis cada uno tras la imaginación de su malvado corazón, no oyéndome a mí. Por tanto, yo os arrojaré de esta tierra a una tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido, y allá serviréis a dioses ajenos de día y de noche; porque no os mostraré clemencia” (Jeremías 16:12-13, énfasis añadido).

Las transgresiones de Judá habían alcanzado un punto culminante. La infidelidad y la desobediencia habían plagado la historia de la nación desde el comienzo, pero Dios ya no lo soportaría. Las consecuencias llegaron tal como se había profetizado. Las fuerzas de Nabucodonosor invadieron Jerusalén y llevaron a la mayoría del pueblo al exilio en Babilonia.

Salmo 137 registra el lamento de los cautivos: “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion” (v. 1).

Afortunadamente, la historia no termina ahí. Tras 70 años de exilio, Dios mostró su gracia una vez más y restauró a Judá; les permitió a muchos cautivos regresar a su tierra, y reconstruir Jerusalén y el templo.

Al reflexionar en la historia de su pueblo, Nehemías reconoció el patrón de pecado de los israelitas en contraste con la misericordia de Dios, y agradeció diciendo: “Les soportaste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de tus profetas, pero no escucharon; por lo cual los entregaste en mano de los pueblos de la tierra. Mas por tus muchas misericordias no los consumiste, ni los desamparaste; porque *eres Dios clemente y misericordioso*” (Nehemías 9:30-31, énfasis añadido).

La historia del exilio y la restauración de Judá ilustra el hecho de que la gracia está por completo en manos del benefactor. Dios es misericordioso pero, por nuestro bien, pone límites a lo que permite antes de retirar su gracia. Él decide cómo, cuándo y en qué condiciones extiende su misericordia.

Así como la gracia puede ser dada, puede ser quitada.

Los efectos de un acto de gracia

En el Nuevo Testamento, el concepto de gracia se basa en lo que dice el Antiguo Testamento. Esto es lo que hemos aprendido:

- Las palabras traducidas como “bondad” y “gracia” eran términos comunes para describir una buena disposición y amabilidad inmerecidas.
- El carácter misericordioso de Dios definió muchas de sus interacciones personales con los seres humanos.
- Recibir gracia es una bendición.
- Cuando la gracia nos es quitada, las cosas no están bien.

Estos conceptos convergen de manera profunda en la historia del Diluvio.

En cierta forma, lo que Dios hizo con Noé y su familia fue una muestra de lo que ocurriría en el Nuevo Testamento y permite dar un vistazo a la magnitud de su gracia.

La historia comienza en Génesis 6:5, donde leemos una descripción sombría del estado de la humanidad tras seguir sus propios caminos.

“Y vio el Eterno que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal... Y dijo el Eterno: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho” (vv. 5, 7).

Si la historia hubiera terminado ahí, el ser humano hubiera sido un experimento fallido, demasiado vergonzoso como para intentar rescatarlo.

Afortunadamente, “Noé halló gracia ante los ojos del Eterno” (v. 8, énfasis añadido).

No podemos subestimar la importancia de la gracia en este momento crucial de la historia. Para Noé, la gracia de Dios significó ser protegido de un diluvio devastador. Era lo único que lo separaba de la aniquilación total.

Esta historia no sólo se trata de cuán decadente y depravada llegó a ser la humanidad; también es una muestra de la increíble liberación que Dios nos ofrece.

Es posible recibir salvación espiritual. Es posible ser rescatados de la muerte.

En el siguiente capítulo, veremos cómo el plan de Dios está diseñado para salvar a la humanidad de un destino peor que un diluvio físico. Y es un plan motivado por su gracia.

La gracia salva

Cuando las aguas del diluvio finalmente se secaron y Noé y su familia volvieron a tocar tierra firme por primera vez en más de un año, probablemente dieron un enorme suspiro de alivio. Acababan de sobrevivir al evento más catastrófico en los anales del planeta.

Fueron librados del juicio divino.

La mayor lección para nosotros es que Noé fue un *precursor*. Este patriarca simboliza a todos los seres humanos que, gracias al favor inmerecido de Dios, serán librados de la muerte.

Los elementos centrales de la historia del Diluvio muestran su estrecha relación con el evangelio de la salvación. La humanidad estaba completamente corrompida por el pecado. Dios le dio al mundo el ultimátum de arrepentirse o enfrentar la destrucción. Noé creyó en Dios, actuó por fe y recibió su gracia. Como resultado, él y su familia fueron salvados, mientras que el resto de la humanidad murió.

¿Suena familiar? La historia de Noé es una versión condensada de los temas que se desarrollan en el Nuevo Testamento.

Pedro hizo el siguiente paralelo: “Estos [burladores] ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua... pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pedro 3:5-7).

Nuestra sociedad pecaminosa va en la misma dirección que el mundo antes del Diluvio.

Pero hay un lado positivo: así como a Dios no le agradó destruir el mundo de Noé, tampoco desea que ninguno de nosotros muera. Dios es un Dios de amor y quiere que vivamos eternamente como miembros de su familia divina (1 Corintios 15:50-53; 2 Corintios 6:18).

Ése es el mensaje de la historia de Noé y del evangelio del Nuevo Testamento: Dios nos ofrece salvación *por medio de su gracia*.

La historia del Diluvio ilustra la conexión que existe entre la salvación espiritual y la gracia. Esa conexión es un elemento central en el Nuevo Testamento y el enfoque de este capítulo.

Un mundo necesitado

Antes de explorar la manera en que Dios muestra su gracia y cuál es el resultado, debemos analizar por qué necesitamos gracia en primer lugar.

Aunque la Biblia no dice cuánto tiempo transcurrió antes de que Adán y Eva pecaran, sabemos que mientras estuvieron en el jardín de Edén vivieron en lo que parecería un sueño utópico. Tenían todo lo que pudieran desear, provisto amorosamente por Dios mismo. Mientras obedecieran a Dios, no tenían nada de qué preocuparse.

Pero entonces comieron del fruto prohibido y alteraron el curso de la humanidad de forma desastrosa.

Las consecuencias de su desobediencia fueron severas. Su pecado resultó en una grave maldición: “maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás... [Dios] echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:17-19, 24).

El primer pecado sumió a la humanidad en un tipo de existencia radicalmente diferente, marcada por dos grandes distinciones: la muerte y la

carencia de acceso al árbol de la vida. Una decisión lo cambió todo, y desde entonces la muerte se convirtió en el sello de nuestro mundo, al cual la Biblia describe como el “presente siglo malo” (Gálatas 1:4).

El apóstol Pablo más tarde reflexionó en el profundo impacto de la elección de Adán diciendo: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).

Desde que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, establecieron un patrón de pecado para sus descendientes, y no hemos conocido un camino diferente. Todos hemos repetido los errores de nuestros primeros padres, desobedeciendo la ley de Dios y determinando por nosotros mismos lo que es bueno y malo. En pocas palabras, *todos* hemos pecado y todos estamos sujetos a la misma pena y maldición que Adán y Eva recibieron: la *muerte*.

Si a Dios no le importara su creación, esto no sería un problema. Todos moriríamos en nuestros pecados y la historia de la humanidad eventualmente llegaría a su final.

Por fortuna, a Dios sí le importa. Le importa *inmensamente*.

Como usted ya sabe, Dios no desea que los seres humanos vivamos bajo una pena de muerte inminente. Somos el pináculo de su creación por una razón.

Pero ¿cómo superar el enorme obstáculo del pecado? Si “todos pecaron” (Romanos 3:23) y “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), ¿cómo podemos alcanzar el propósito de Dios para nosotros? Él *no puede y no ignora* el pecado. Los requerimientos de su ley deben cumplirse.

Entonces, es aquí donde la gracia entra en escena. La gracia es la clave para resolver el problema del pecado sin comprometer la perfecta ley de Dios.

¿Cómo podemos ser redimidos?

Un Salvador hace toda la diferencia

Un solo paso en falso de nuestros primeros padres bastó para que nuestro futuro dependiera completamente del favor inmerecido de Dios. Dado que o morimos o alguien muere por nosotros —no hay otra opción— Dios tomó la iniciativa y ofreció un *sacrificio*.

Desde antes de la fundación del mundo, Dios planificó darnos un Salvador (1 Pedro 1:19-20; vea también la profecía en Génesis 3:15). La espera duraría milenios, pero en el tiempo determinado, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” finalmente vino en la forma de Jesús de Nazaret (Juan 1:29).

Jesús personificó la gracia de Dios con tal magnitud que Juan lo describe como “lleno de gracia y de verdad” (v. 14).

Detengámonos a pensar en todo lo que Él hizo por nosotros.

Cristo se despojó de su gloria en el mundo espiritual para convertirse en un hombre mortal y cargar con la pena de los pecados del mundo. Luego, hizo lo que ningún otro ser humano ha logrado hacer: vivió una vida sin pecado. Durante sus 33 años y medio, obedeció la ley de Dios a la perfección. Incluso cuando fue traicionado y durante el tormento de su crucifixión, mantuvo perfecto control de sus pensamientos y emociones, nunca amenazó a sus enemigos, sino que además los perdonó.

Luego, cuando llegó el momento, fue atravesado por la lanza de un soldado romano y Dios “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21).

Hebreos lo resume así: “vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (Hebreos 2:9).

Dios entregó a su Hijo, y Jesús aceptó su papel como sacrificio por nosotros. Ésa es la máxima demostración de la gracia.

Juan 3:16-17 es una referencia clásica al respecto que vale la pena repetir: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”.

Dios amó.

Dios dio.

Dios envió a su Hijo.

El sacrificio de Jesús pagó el precio necesario para hacer posible la salvación de todos los seres humanos que han existido y existirán.

Pablo destaca el profundo contraste: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación [gracia] de vida” (Romanos 5:18).

La justificación que Pablo menciona es la puerta abierta a la salvación que depende del sacrificio de Jesús. Gracias a que Dios nos mostró su favor inmediato, podemos escapar de la muerte y alcanzar nuestro propósito eterno.

Ésta es la expresión definitiva de la gracia de Dios.

Y para magnificarla aún más, la Biblia dice que la gracia incluso trasciende aún más.

Cómo los sacrificios del Antiguo Pacto anunciaron la gracia

Imagínese: el animal camino a su muerte, la sangre, el olor de la carne quemándose en el altar. Ésta era una escena cotidiana en el antiguo Israel. Pero ¿por qué? ¿Por qué ordenaría Dios un ritual tan gráfico? Una pista: no por la razón que los paganos hacían sacrificios a sus dioses —para apaciguarlos y evitar algún desastre.

Desde las primeras páginas de la Biblia, aprendemos que el pecado es detestable. Destruye la inocencia (Génesis 3:7-8), produce muerte (Génesis 2:17), corrompe física y espiritualmente (Génesis 6:5) y, lo más devastador, nos separa de Dios (Génesis 3:24).

Pero quizás peor que el alto precio del pecado es el hecho de que la gente se empeña en cometerlo, incluso para su propio perjuicio. Esto crea un gran problema cuando Dios quiere vivir entre nosotros y tener una relación personal con cada uno, como quiso hacerlo con Israel, lo cual nos lleva al método de Dios para lidiar con el pecado en el Antiguo Pacto: los sacrificios de animales.

Levítico 17:11 explica: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas” (énfasis añadido).

“Hacer expiación” proviene del verbo hebreo *kāṭar*, que significa “cubrir”. En el contexto del sistema sacrificial, el pecado era cubierto por la sangre del animal y el resultado era el perdón.

En resumen, Dios les dio a los israelitas un sistema ceremonial que incluía un símbolo gráfico de las terribles consecuencias del pecado con el fin de disuadirlos de pecar y representar su expiación.

Pero principalmente, los sacrificios de animales representaban el sacrificio de Jesucristo, el Hijo de Dios, y lo que se cumpliría con su muerte.

Cada animal sacrificado bajo el Antiguo Pacto era un símbolo limitado de Jesucristo. La vida de Jesús proveería de una expiación real porque valía más que la vida de humanos y animales.

Como explica Hebreos: “la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:4).

Cuando el momento llegó “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29) entró en escena y Dios lo entregó en sacrificio como un acto de gracia.

Jesús pagó la pena completa de nuestros pecados con su sangre derramada.

Dios estableció los sacrificios de animales como un símbolo concreto, pero temporal, de la gracia que le mostraría a la humanidad en el futuro, una gracia que sólo podía otorgarse a través de la muerte y resurrección de Jesucristo.

El pacto de gracia

Ningún acto de generosidad, ni siquiera si viviéramos un millón de vidas, podría igualar lo que Dios hizo por nosotros. El regalo del sacrificio de Jesús es completamente inmerecido e imposible de retribuir.

Pero, tan grande como fue ese regalo, la gracia de Dios va incluso más allá.

En el evangelio de Juan leemos: “Porque de su plenitud tomamos todos, y *gracia sobre gracia*” (Juan 1:16, énfasis añadido).

Aquí Juan ilustra la gracia como un flujo constante de bendiciones, no como un solo regalo. En otras palabras, como cristianos podemos recibir gracia y luego *más* gracia —gracia acumulada sobre gracia.

El punto es que Dios el Padre y Jesucristo *rebotan* de gracia, lo cual se demuestra tanto en su sacrificio como en el constante flujo de bendiciones subsiguientes.

Pablo reconoció esta abundancia increíble de gracia cuando dijo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda *bendición espiritual* en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3, énfasis añadido).

Entonces, si la gracia es un flujo constante de bendiciones por parte de Dios, ¿cuáles son esas bendiciones exactamente?

Esto nos lleva al *Nuevo Pacto*, donde Dios expresa su gracia para con nosotros por medio de los beneficios de una relación especial con Él.

En la Pascua, durante sus últimas horas de vida, Jesús hizo algo que cambiaría la vida de sus discípulos para siempre: “tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:20); “...y bebieron de ella *todos*” (Marcos 14:23, énfasis añadido).

Para entender la profundidad de este evento, debemos comprender que un pacto es en esencia un contrato. La Biblia menciona varios ejemplos: el pacto abrahámico, el pacto con Noé, el pacto de Sinaí, el pacto davídico. Y podríamos decir mucho más acerca de los pactos bíblicos, pero lo importante es que definen obligaciones y compromisos entre dos partes.

La estructura básica es: si la parte *A* hace *X*, entonces la parte *B* hará *Y*.

Los pactos entre Dios y los hombres son acuerdos que nuestro misericordioso Dios nos ofrece para abrir la puerta a nuestra relación con Él y definirla.

Al decir “nuevo pacto”, Cristo estaba aludiendo al pacto que Dios había establecido con Israel en el pasado.

El mayor honor de los antiguos israelitas fue haber sido escogidos por Dios como su pueblo del pacto, lo cual implicaba muchas bendiciones: descendientes, territorio, riqueza y protección. El Antiguo Pacto, como dice Pablo, era un pacto de “gloria” (2 Corintios 3:7).

Sin embargo, el Nuevo Pacto es incluso superior. El autor de Hebreos explica: “tanto mejor ministerio es el [de Jesús], cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre *mejores promesas*” (Hebreos 8:6, énfasis añadido).

Las “mejores promesas” del Nuevo Pacto no están basadas en riquezas físicas, sino en las bendiciones espirituales de la gracia.

Jesús les ofreció a sus discípulos algo que nunca se ofreció bajo el Antiguo Pacto: la promesa de salvación eterna del pecado —la vida eterna. Cuando entraron en el Nuevo Pacto, los discípulos pasaron a estar *bajo* la gracia.

Esto significó un gran cambio en sus vidas. Ya no eran hombres pecaminosos que merecían condena, sino santos justos en camino a la salvación —en camino a convertirse en hijos de Dios. Desde entonces, bajo los términos del Nuevo Pacto, los discípulos disfrutarían de numerosas bendiciones espirituales o “gracia sobre gracia”.

En Jeremías leemos un resumen de lo que incluyen esas bendiciones: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Eterno: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo... porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:33-34).

El perdón de pecados, tener una relación con Dios, tener sus leyes en nuestra mente y convertirnos en sus hijos son las bendiciones que enmarcan las promesas del Nuevo Pacto, posibles a través del sacrificio de Jesús.

El sacrificio de Jesús fue la base de todas las promesas de la gracia subsiguientes.

La gracia prometida en el Nuevo Pacto llena nuestras vidas de formas que serían *imposibles* obtener de otra manera, y cada bendición espiritual nos guía de forma única en el camino a la salvación.

El llamamiento por gracia de Dios

 Alguna vez se ha preguntado por qué más personas no aprovechan la gracia de Dios? ¿Acaso la salvación y el propósito de Dios no suenan bien? En papel, no hay duda de que sí.

Pero la sorprendente respuesta añade otra dimensión a nuestro entendimiento de la gracia: la mayoría de la humanidad no ha aceptado la gracia de Dios porque aún no ha sido llamada —es decir, no se le ha ofrecido la gracia aún. Si pensamos que todos tienen un acceso libre y similar a la gracia ahora, estamos pasando por alto una verdad bíblica vital: éste no es el único tiempo de salvación.

Pero ¿no quiere Dios que todos nos salvemos? Por supuesto que sí, pero Él determina el momento apropiado para cada persona (1 Corintios 15:23).

En este tiempo, sólo unos pocos han recibido la oportunidad de ser salvos. En su perfecta sabiduría, Dios ha escogido a algunos para recibir su gracia ahora, mientras que otros recibirán su oportunidad en el futuro. En términos bíblicos, esa oportunidad se conoce como llamamiento.

Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). Esto significa que, a menos de que Dios intervenga y nos acerque a Él, que nos permita entender quién es y cuánto necesitamos de su gracia, no tenemos esperanza de ser salvos. Es Dios quien quita “la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones” (Isaías 25:7).

La “cubierta” y el “velo” se refieren a la barrera espiritual que nos impide acercarnos a Dios por nuestra propia iniciativa.

Pablo aclara de dónde proviene ese velo: “el dios de este siglo [Satanás] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio” (2 Corintios 4:4).

La ceguera de la humanidad es obra del diablo. Cuando Adán y Eva sucumbieron al engaño de Satanás, todos nos convertimos en sus esclavos. Entonces, hasta que Dios quite ese velo de nuestras mentes, andamos por la vida sin visión espiritual, ignorantes de su plan y propósito.

Ni siquiera los primeros apóstoles estaban exentos de esa condición. Jesús explicó por qué ellos podían entender verdades espirituales que otros no entendían: “a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado” (Mateo 13:11). Los apóstoles no nacieron con conocimiento espiritual acerca de cómo recibir la salvación; ese conocimiento les fue “dado” a través de un acto de gracia de Dios: su llamamiento.

¿Cuál es la lección entonces? Incluso el primer paso que damos para acercarnos a Dios no puede ocurrir sin su gracia. Dios hace posible que nos arrepintamos (2 Pedro 3:9). Piénselo: no se trata de cuán buenos, especiales o inteligentes somos, ni de cuán bien seguimos las reglas. Es la gracia de Dios lo que nos *conduce* a Jesucristo. La gracia hace toda la diferencia.

Él nos quita el velo y abre nuestros ojos a su salvación.

Pedro resume bellamente el papel de la gracia de Dios en nuestro llamamiento: “vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os *llamó* de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9, *énfasis añadido*).

Gracia y perdón

Pablo conecta el perdón con la gracia diciendo: “en [Jesucristo] tenemos redención por su sangre, *el perdón de pecados* según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7).

La profundidad de la gracia de Dios se revela en la misericordia que nos ofrece. Ningún ser humano está exento de la necesidad de misericordia, como hemos visto. Pablo dijo enfáticamente: “*todos* pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23, énfasis añadido).

David menciona el mismo punto con más detalle y muestra como toda la humanidad comparte la culpa: “Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien. El Eterno miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Salmos 14:1-3).

Si creemos en la Palabra de Dios, reconocemos nuestra necesidad de su gracia y perdón. Incluso un examen somero de nosotros mismos y el mundo que nos rodea lo evidencia: todos merecemos la *muerte*.

Lo sorprendente es que Dios nos ofrece empezar de cero. Jesús asegura: “porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada *para remisión de los pecados*” (Mateo 26:28, énfasis añadido).

Remisión es la absolución de la pena que merecen nuestros pecados. En otras palabras, el sacrificio de Jesús hace posible que nuestros pecados sean perdonados y elimina nuestra deuda.

Nadie necesita acercarse a Dios con un sentimiento de derrota o desesperanza, creyendo que sus pecados son demasiado grandes como para recibir perdón. La clase de persona que fuimos antes del arrepentimiento verdadero no determina si recibiremos perdón o no. La misericordia que Dios nos ofrece a través de su gracia permite que los pecados de cualquier persona (incluyendo sus pecados) sean limpiados por la sangre de Jesús.

Ese regalo misericordioso está disponible para quienes se arrepienten y tienen fe en Jesucristo.

El regalo del Espíritu Santo

Además de la gracia del perdón, los creyentes también reciben la promesa del Espíritu Santo.

Recibir ese Espíritu requiere de un proceso que Pedro describió en su sermón de Pentecostés: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis *el don del Espíritu Santo*” (Hechos 2:38, énfasis añadido). Pedro estaba haciendo eco de las promesas que Jesús había hecho poco antes (Juan 14:16, 26).

Pero ¿qué es el Espíritu Santo exactamente y cómo se relaciona con la gracia de Dios?

En palabras simples, el Espíritu Santo es el *poder* de Dios (2 Timoteo 1:7; vea nuestro artículo en línea “¿[Qué es el Espíritu Santo?](#)”). Aunque es invisible, como todo en el mundo espiritual, el Espíritu Santo es increíblemente dinámico. Es la esencia que Dios imparte en nuestra mente, permitiendo que nos convirtamos en sus hijos e inspirando el crecimiento que necesitamos para cumplir su propósito.

¿Cómo?

Primero, el Espíritu de Dios nos ayuda a renovar nuestras mentes; nos da la capacidad de pensar espiritualmente y ver nuestras vidas a través del lente *de Dios*. Nos revela cosas acerca de la mente y el plan de nuestro Padre que nos sería *imposible* entender por nosotros mismos.

Pablo explica en 1 Corintios 2:14: “El que no tiene el Espíritu no puede aceptar lo que viene del Espíritu de Dios, pues le parece una locura. No lo puede entender, porque hay que discernirlo *con la ayuda del Espíritu*” (énfasis añadido, versión Nueva Biblia Viva).

En segundo lugar, el Espíritu de Dios fortalece nuestra voluntad para obedecerle.

Nos resistimos a Dios por naturaleza. Cuando un mandamiento claro choca con lo que queremos, encontramos formas de justificar nuestra desobediencia. Nuestra lealtad es frágil y obedecemos principalmente cuando es fácil o conveniente. Incluso las cosas buenas que hacemos para Dios a menudo tienen algo de interés egoísta.

¿*Someternos por completo a su voluntad en cada aspecto de nuestra vida?* Eso es difícil.

¿Por qué nos resistimos a la autoridad de Dios? Pablo entendía la raíz del problema: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

Pablo estaba describiendo la mentalidad humana natural, que, sin el Espíritu Santo, se rehúsa a comprometerse con Dios por completo.

¿Qué tan imperfectos somos en este aspecto? Basta con echar un vistazo a la historia de los israelitas. Israel cayó constantemente en un ciclo de desobediencia, y es bueno recordar sus errores, pero tengamos en mente que ellos carecían del poder para obedecer por completo el espíritu de la ley de Dios —el punto de Pablo en Romanos 8:7.

La obediencia de los israelitas era parcial y errática sin el Espíritu Santo. Su ejemplo ilustra la verdad fundamental de que la naturaleza humana es inconsistente.

Cuando Dios se lamentó en Deuteronomio 5:29 diciendo: “¿Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos

mis mandamientos”, lo dijo en serio —simplemente no tenían el *corazón* o *el deseo* para hacerlo.

La buena noticia es que el Nuevo Pacto ofrece un cambio de corazón a través de la presencia del Espíritu de Dios, una transformación de lo que somos por dentro. El Espíritu Santo es un regalo que Dios nos ofrece a través de su gracia, así como el perdón de nuestros pecados.

No hay nada que podamos hacer para merecer acceso al poder de Dios mismo.

El Espíritu nos da la capacidad de obedecer a Dios en un nivel más profundo y consistente, lo que es crucial para nuestra salvación. Debido a su gracia, somos capaces de cumplir los requerimientos de la ley. No es gracias a nuestros propios esfuerzos, sino por la gracia y misericordia de Dios.

La bendición de la reconciliación y la convivencia

Adán y Eva literalmente caminaron con Dios. Es probable que tuvieran contacto cara a cara con el Creador cada día.

Pero luego el pecado entró en escena y la relación entre Dios y la humanidad se fracturó.

La gracia que se extiende en el Nuevo Pacto no nos transporta físicamente al jardín de Edén, pero sí nos ofrece algo crucial: el privilegio de tener una relación cercana con Dios. A través de su gracia, Dios nos llama al arrepentimiento, nos hace “su pueblo” y nos da acceso espiritual sin restricciones a Él.

Por gracia, cuando Dios nos limpia con la sangre de su Hijo, la pared del pecado que nos separaba de Él se derrumba, y se abre la puerta hacia una relación con nuestro Creador. Entonces podemos *conocer* a Dios profunda e íntimamente y convertirnos en sus hijos e hijas espirituales.

Pablo se maravilló y dijo: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:1-2).

La paz, un ingrediente necesario para la reconciliación, se obtiene a través de Cristo. Y una vez que tenemos paz, nada impide que tengamos una relación con el Creador del universo. Cuando tenemos reconciliación a través de Cristo (Colosenses 1:19-20), estamos *firmes en gracia*.

Bajo el Nuevo Pacto podemos tener unidad con Dios y experimentar su presencia constante en nuestras vidas. Es una relación activa que se fortalece a medida que seguimos su guía y nos conectamos con Él a través de la oración y el estudio de la Biblia.

Considere lo que Cristo dijo la noche antes de morir: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23).

La promesa de que Dios el Padre y Jesucristo morarán con nosotros es absolutamente maravillosa. El hecho de que simbólicamente podemos “entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (Hebreos 10:19) para pedirle cosas a Dios a través de nuestras oraciones es un privilegio digno de alabanza.

Como escribió David, “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmos 16:11).

La gracia de ser glorificados

No lo dude: Dios desea empaparnos de su gracia. Por la gracia de Dios somos llamados, somos perdonados, nuestras mentes son renovadas por el Espíritu Santo y se nos ofrece una relación personal con el Creador Supremo. Estos son regalos impresionantes. Nada, ni siquiera nuestro mayor nivel de justicia personal, podría compararse con el valor de lo que Dios nos ofrece en su amor y bondad.

Pero otra muestra de gracia (una incluso más impresionante) está por venir. Pedro nos da una pista: “ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en *la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado*” (1 Pedro 1:13, énfasis añadido).

Claramente, Pedro entendía un aspecto futuro de la gracia y lo usó para animar a sus lectores. ¿De qué se trata?

Bajo el Nuevo Pacto, Dios nos promete algo increíble: su plan es transformarnos en seres *inmortales*. Como cristianos (del pasado, presente y futuro), esperamos el momento en que este cuerpo humano desaparecerá y seremos seres espirituales inmortales. A través de la gracia de Dios, seremos elevados a su plano de existencia espiritual.

La gran revelación, el momento en que los cristianos fieles literalmente nacerán en la familia eterna de Dios, ocurrirá el día en que Cristo regrese (1 Tesalonicenses 4:16-17).

Pablo estaba seguro de ese futuro: “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos... los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:51-53).

Sabemos muy poco acerca de cómo será la vida cuando nos convirtamos en hijos espirituales de Dios. Sabemos que tendremos posiciones de servicio

en el Reino de Dios, experimentaremos la vida como Dios la experimenta y reinaremos con Cristo en la Tierra por mil años (Apocalipsis 20:4). Pero ¿qué pasará después?

Incluso nuestras especulaciones acerca de la vida eterna son muy limitadas, dado que nuestras mentes físicas no pueden comprender la vida en el nivel de Dios (1 Juan 3:1-3).

Sin embargo, una cosa de la que podemos estar seguros es que Dios mostrará *incluso más* gracia luego de darnos la vida eterna junto a Él, por profundo que eso sea. Pablo explicó que los santos verán “las abundantes riquezas de su gracia” en “los siglos venideros” (Efesios 2:7).

Esto no se refiere sólo a la gracia que recibiremos cuando seamos resucitados, sino a la gracia que se seguirá mostrando durante “los siglos venideros”, los interminables capítulos de la eternidad.

Hay aún más de la gracia de Dios por venir.

Un resumen de la gracia

La gracia no es un misterio teológico confuso.

Es el favor inmerecido de Dios que transforma nuestra relación con Él radicalmente. Antes de recibir gracia, somos pecadores condenados sin esperanza más allá de esta vida física. Pero después de recibirla, somos perdonados de nuestros pecados y considerados santos destinados a la vida eterna en la familia de Dios.

Y en un sentido más amplio, la gracia se compone de todas las bendiciones interconectadas que Dios promete a través del Nuevo Pacto.

Repasemos esas bendiciones:

- **Ser llamados** abre nuestras mentes a la verdad de nuestra condición pecaminosa y la posibilidad de ser salvos.
- **Ser perdonados** lava nuestros pecados, nos alinea con Dios y nos pone en el camino hacia la salvación.
- **Recibir el Espíritu Santo** abre nuestros ojos al entendimiento de las Escrituras y el plan de Dios para nosotros, y además nos da la fuerza y la guía para caminar hacia la obediencia.
- **Tener una relación** con Dios nos sostiene a lo largo del camino.
- **Ser resucitados como seres espirituales glorificados** nos une con nuestro Creador por la eternidad.

La gracia es el hilo que une todas estas bendiciones y nos conduce a la salvación y el cumplimiento de nuestro propósito final.

Inmerecido no significa incondicional

3

Imaginemos el siguiente escenario:

Un padre quiere darle a su hijo un automóvil nuevo para su graduación. El hijo ha estado manejando la camioneta vieja de la familia por algún tiempo y no tiene el dinero para comprar un automóvil por sus propios medios. Entonces, el padre, porque es generoso, bondadoso y ama a su hijo, le menciona que está pensando en regalarle uno.

Pero, durante los meses siguientes, el hijo se comporta irresponsablemente. Recibe multas por ir a exceso de velocidad, sus calificaciones bajan y constantemente llega tarde a casa. Entonces, el padre cambia de opinión.

“He decidido que esto no es una buena idea, al menos por ahora”, le dice a su hijo.

“Pero, papá, *quiero* que comprarme un auto”, responde el hijo.

El padre le explica con paciencia: “Quiero hacerlo, pero hasta que demuestres que puedes ser responsable y maduro, eso tendrá que esperar”.

Ninguna persona razonable pensaría que el padre es el malo de la historia. Es su regalo, así que obviamente él puede poner los términos y las condiciones. El padre tiene el derecho (si no la responsabilidad) de actuar con mano firme por el bien de su hijo.

Entonces, ¿por qué a tantos cristianos profesos les parece extraña la idea de que la gracia de Dios es condicional?

“¡Eso es tratar de ganarse la salvación!”, argumentan algunos. Pero ¿es ésa una acusación justa? ¿Acaso creer que Dios espera algo de nosotros le resta importancia a su gracia?

El meollo del problema se encuentra en las diferentes creencias modernas acerca de la relación que existe entre la ley y la gracia. Sin embargo, la verdad es que no hay un conflicto entre estos dos conceptos. Valorar y obedecer la ley de Dios no contradice el hecho de que su gracia es gratuita e inmerecida. Ésa es la enseñanza bíblica correcta.

Recibir y permanecer bajo la gracia de Dios requiere: *obediencia*.

Para aclarar, la gracia es un regalo extraordinario que jamás podríamos merecer o ganar. Pero decir que nuestras acciones no influyen para nada la decisión de Dios de mostrarnos su gracia desafiaría la lógica. Intuitivamente lo entendemos, como en el escenario anterior; y además podemos comprobarlo con las Escrituras.

Jesús y la ley

Si comenzamos por estudiar lo que Cristo dijo al respecto, tendremos un fundamento sólido para entender el papel de la ley de Dios.

En Mateo 19:16, un joven le hizo a Jesús una pregunta que nos concierne a todos: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?”.

Si Cristo pensara que lo único necesario para tener vida eterna es hacer una proclamación o una oración breve, ése era el momento para decirlo. En cambio respondió: “si quieres entrar en la vida, *guarda los mandamientos*” (v. 17, énfasis añadido). Y cuando el joven le pidió más detalles, su respuesta no dejó lugar a dudas: “No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (vv. 18-19).

Sus palabras fueron muy claras. Cristo se estaba refiriendo claramente a los Diez Mandamientos dados en el monte Sinaí, leyes que eran un punto fundamental para la identidad. Como judío, Jesús creció guardando esas leyes, así que no fue sorpresivo que confirmara su validez. Incluso dijo que obtener la vida eterna sería imposible sin obedecerlas.

En el Sermón del Monte encontramos más pruebas de la postura de Cristo en cuanto a la ley:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pa-

sen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:17-18).

Piénselo: si Jesús hubiera querido abolir la ley, ¿por qué diría lo contrario con tanto énfasis? ¿Por qué diría que *no* vino para abrogar las enseñanzas de la ley y los profetas si ésa era su intención final?

Note también por cuánto tiempo dijo que la ley seguiría en efecto: *hasta que pasen el cielo y la tierra*. Si usted está leyendo esto, significa que la tierra sigue aquí y por lo tanto la ley sigue vigente.

Jesús continuó con una seria advertencia: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos” (v. 19).

En otras palabras, menospreciar *cualquiera* de los mandamientos de Dios es extremadamente grave. Sin embargo, hay personas que se consideran cristianas e ignoran ciertos mandamientos, racionalizando que Jesús “hizo todo eso por nosotros”. Pero, si eso fuera verdad, ¿por qué Él no lo dijo?

Tras advertir acerca del peligro de ser un discípulo parcialmente obediente y, mucho menos un transgresor total, Cristo hizo el siguiente contraste: “mas cualquiera que los haga y los enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos” (v. 19).

El Sermón del Monte ocupa tres capítulos en los que la obediencia es un tema central. Cuando habló de temas como el homicidio, el adulterio y la mentira, Cristo además destacó la importancia de obedecer cada mandamiento no sólo en la letra, sino también en el espíritu.

La *NIV Study Bible* [Biblia de Estudio Nueva Versión Internacional] incluye este comentario: “Jesús afirma la importancia de guardar los requisitos de la ley, elevando a sus seguidores a un estándar de justicia mayor que el de los fariseos y los maestros de la ley”.

Entender la perspectiva de Cristo acerca de la obediencia a la ley de Dios no es armar un rompecabezas; su mensaje es muy claro cuando tomamos en serio sus palabras.

Seguir la ley es obligatorio para los discípulos de Cristo; es una condición esencial para recibir y mantener la gracia de Dios.

¿Qué enseñaron los discípulos de Jesús acerca de la ley de Dios?

Podemos basar nuestra postura solamente en las palabras de nuestro Señor y Salvador. *Nunca* nos equivocaremos si seguimos el ejemplo y las enseñanzas de Cristo. Pero sería entendible que nos sintiéramos confundidos si sus propios

Jesús y la mujer adúltera: ¿qué nos enseña esta historia acerca de la gracia?

Los escribas y fariseos buscaban una manera de acusar a Jesús, así que le llevaron un caso para probarlo. Arrastraron hasta Él a una mujer sorprendida en el acto de adulterio y demandaron un veredicto.

Según la ley de Dios, la mujer merecía ser apedreada. No había fianza. No había apelación. El caso era sencillo: su pecado merecía la muerte.

Imagine el alivio de la mujer cuando Jesús expuso a los escribas y fariseos autojustos en lugar de acusarla a ella. Dijo: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7).

Uno por uno, los acusadores desaparecieron entre la multitud.

“Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?”, le preguntó Jesús (v. 10).

“Ninguno, Señor”, respondió ella (v. 11).

Entonces, Jesús —Dios en la carne, el único libre de pecado y con todo el derecho de administrar justicia perfecta— la perdonó. “Ni yo te condeno”.

Cristo le mostró *gracia*. La ley requería que la mujer fuera apedreada. No había duda de que era culpable. Pero, para revelar la profundidad de su misericordia y la disposición de Dios para perdonar, Jesús la dejó ir.

¿La lección? Dios siempre se inclina hacia la misericordia y nosotros deberíamos esforzarnos por hacer lo mismo.

Pero, cuando consideramos lo que Jesús dijo después, hay otra lección igual de importante acerca de nuestra responsabilidad y nuestras obligaciones personales. Sus palabras de despedida fueron: “vete, y no peques más”.

La mujer no podía *deshacer* sus pecados pasados, así como nosotros no podemos deshacer los nuestros. La única forma de

evitar la condenación es a través de la gracia de Dios. Pero, como se le dijo a la mujer adúltera, recibir gracia tiene una condición esencial: *no peques más*.

Eso implica dejar de quebrantar la ley y en cambio obedecerla; dejar de pecar para vivir en justicia.

Dios extiende su gracia a las personas que saben que son pecadoras, pero están dispuestas a hacer algo al respecto —a cambiar sus vidas.

estudiantes lo contradijeran. ¿Qué tendría más peso entonces: las palabras de Jesús mismo o las perspectivas post crucifixión, al parecer más actualizadas?

Afortunadamente, no tenemos que preocuparnos por esta pregunta, porque los apóstoles estaban totalmente de *acuerdo* con Jesús.

Las Epístolas Generales contienen enseñanzas de hombres que pasaron muchas horas en el círculo cercano de Jesús. Es bueno considerar eso cuando intentamos establecer la doctrina del Nuevo Testamento en cuanto a la ley. ¿Por qué? Porque si Cristo les hubiera dado una instrucción privada acerca de la predicación de la ley, se vería reflejada en sus escritos.

Entonces ¿*qué* dijeron los discípulos?

Los dos apóstoles prominentes (Pedro y Juan) y los medios hermanos de Jesús (Santiago y Judas) continuaron enseñando el mensaje de obediencia que Jesús les había predicado, demostrando una postura consistente desde los Evangelios hasta las Epístolas Generales.

Veamos algunos conceptos clave en sus cartas.

Santiago

En la epístola de Santiago no es difícil encontrar escrituras en favor de la ley. Muchos versículos revelan su posición.

Casi al final del primer capítulo, Santiago insta a la Iglesia a ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

Para Santiago era sencillo: escuchar la Palabra de Dios (incluyendo sus leyes y mandamientos) sin cambiar nuestro comportamiento implica que esta-

mos engañados. La Palabra de Dios debe ser *transformadora*. Pero si alguien se rehúsa a permitir que guíe sus acciones, ¿de qué sirve? El cristianismo entonces se vuelve como un eslogan o una calcomanía en el parachoques.

“Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y *persevera en ella*”, escribe Santiago, “este será bienaventurado en lo que hace” (v. 25, énfasis añadido).

Para Santiago, la ley de Dios era tan admirable que la describe como “la ley real” (Santiago 2:8), y reitera la advertencia de Cristo contra la obediencia selectiva: “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace *culpable de todos*. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás” (vv. 10-11, énfasis añadido).

Éste es otro pasaje claro y difícil de malinterpretar. *NKJV Study Bible* [Biblia de Estudio *New King James*] de Nelson comenta:

“Dios no permite la obediencia selectiva. No podemos elegir las partes de la Ley que nos agradan para obedecerlas e ignorar el resto... Santiago estaba diciendo que toda la ley divina debe ser aceptada como una expresión de la voluntad de Dios para su pueblo. Quebrantar tan solo un mandamiento separa a la persona de Dios y sus propósitos”.

Santiago continúa con su comentario probablemente más memorable: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (vv. 19-20).

Estos son pasajes que no podemos pasar por alto. Santiago rechaza categóricamente cualquier postura que priorice la fe por encima de la obediencia. Sus escritos demuestran que ambas son igual de importantes.

Pedro

Pedro también enfatiza la importancia de las obras.

Nos insta a ser “hijos obedientes” y a vivir de manera “santa” (1 Pedro 1:14-15). También nos dice que evitemos la “malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones” (1 Pedro 2:1), cosas condenadas por la ley de Dios.

Y nos suplica: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (v. 11).

Pero el comentario más directo de Pedro acerca de la ley es su exhortación a que seamos como Jesucristo, quien *nunca* quebrantó la ley: “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que *sigáis sus pisadas*; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (vv. 21-22, énfasis añadido).

Si Jesús no cometió pecado, y nosotros debemos seguir su ejemplo, ¿qué está diciendo Pedro? *Sean como Jesús y obedezcan la ley.*

Juan

La primera epístola de Juan está llena de enseñanzas claras acerca de la obediencia como un deber cristiano fundamental. Juan tomó esta firme postura para contrarrestar el surgimiento de una herejía a fines del primer siglo. Algunos impostores se habían infiltrado en la Iglesia e intentaban diluir la ley de Dios, por lo que Juan vio la necesidad de hablar acerca de sus falsas doctrinas.

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, *si guardamos sus mandamientos*” (1 Juan 2:3, énfasis añadido). En otras palabras, si hemos asimilado la importancia de obedecer a Dios, podemos decir con confianza que lo conocemos.

Pero Juan continuó: “El que dice: Yo le conozco, *y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso*” (v. 4, énfasis añadido). Esto significa que la forma en que las personas viven es el mejor indicador de si siguen o no a Cristo. Es decir, los verdaderos cristianos son quienes obedecen a Dios.

Más adelante, Juan vuelve a destacar este punto: “El que dice que permanece en él, debe *andar como él anduvo*” (v. 6, énfasis añadido). ¿Cuántas personas realmente imitan a Cristo en sus vidas y se esfuerzan por obedecer a Dios como Él lo hizo?

Finalmente, Juan dijo: “Pues este es el amor a Dios, *que guardemos sus mandamientos*” (1 Juan 5:3, énfasis añadido). Claramente, cualquier compromiso con Dios el Padre y Jesucristo es un compromiso para obedecer la ley —no con recelo, sino con gozo y entusiasmo.

Judas

La epístola de Judas reitera lo que otros aclararon.

Los oponentes de Judas eran “hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (Judas 1:4). Ellos enseñaban la idea antibíblica de que mientras más pecamos, mayor es la demostración de la gracia de Dios. Su razonamiento era tan peligroso y falso que Judas hizo referencia a la destrucción de Sodoma y Gomorra para ilustrar el destino de quienes aceptaban tal idea (v. 7).

La carta de Judas rechaza abiertamente a quienes abusan de la gracia de Dios usándola como excusa para vivir como les place.

Con base en estos cuatro autores y siete cartas, la evidencia de que Dios espera obediencia de nosotros es innegablemente clara. Rechazarla es igno-

rar, menospreciar, invalidar o negar con racionalizaciones las afirmaciones *directas* de autores inspirados por Dios.

Aun así, algunos podrían argumentar que, según estas escrituras, la obediencia sí tiene valor práctico, pero no es necesariamente un “requerimiento” para recibir gracia y salvación.

Analicemos la validez de esta idea a partir de algunas historias bíblicas.

El peligro de abusar de la gracia de Dios

La mayoría de nosotros conoce la historia de Sodoma y Gomorra en el Antiguo Testamento, las dos ciudades corruptas que Dios destruyó con fuego y ceniza. No es una historia muy animadora, dado que ilustra cuán grave es el pecado para Dios. Pero, en lugar de enfocarnos en los habitantes de esas ciudades, veamos qué podemos aprender de quienes escaparon.

“Y dijeron los varones [ángeles] a Lot: ¿Tienes aquí alguno más? Yernos, y tus hijos y tus hijas, y todo lo que tienes en la ciudad, sácalo de este lugar; porque vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra ellos ha subido de punto delante del Eterno; por tanto, el Eterno nos ha enviado para destruirlo...

“Y al rayar el alba, los ángeles daban prisa a Lot, diciendo: Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad. Y deteniéndose él, los varones asieron de su mano, y de la mano de su mujer y de las manos de sus dos hijas, *según la misericordia del Eterno para con él*” (Génesis 19:12-13, 15-16, énfasis añadido).

Lot sabía que él y su familia escaparon porque hallaron “gracia” a los ojos de Dios (v. 19). Su protección no se debió a su mérito personal, sino a la misericordia de Dios. Pero, incluso cuando Dios les prometió protección, todo dependía de una instrucción crucial: “Escapa por tu vida; *no mires tras ti*, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas” (v. 17, énfasis añadido).

Dios les mostró gracia, pero su condición era la *obediencia*. Si tan solo *hacían* lo que Dios les dijo —huir y no mirar atrás— se salvarían.

Lamentablemente, no todos en el grupo lo creyeron.

“...y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra. *Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal*” (vv. 25-26, énfasis añadido).

La esposa de Lot no sólo miró por encima del hombro para ver qué ocurría. Anhelaba volver a su vida en Sodoma. Entonces, la gracia que Dios le había mostrado le fue revocada cuando desobedeció. ¿Cuál es la lección para

nosotros? Que la gracia de Dios tiene límites. Siempre los tiene. Así como la mujer de Lot, nos arriesgamos a perder esa gracia si le damos la espalda a las condiciones de Dios.

Jesús reiteró este mensaje cuando años más tarde les dijo a sus discípulos: “Acordaos de la mujer de Lot” (Lucas 17:32).

Bajo la sangre y dentro de casa

Otra historia bíblica de la que podemos aprender es el preludio al Éxodo. Luego de que Dios enviara tres plagas devastadoras a Egipto, hizo una diferencia entre su pueblo, los israelitas y los egipcios. Los egipcios tendrían que soportar otra terrible arremetida de plagas, pero los israelitas serían protegidos milagrosamente.

Dios le mostró gracia a Israel.

Pero justo antes de la décima y final plaga, algo crucial ocurrió. Dios les dio a los israelitas ordenes explícitas que debían seguir si querían salvarse.

“Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua. Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque el Eterno pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará el Eterno aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir” (Éxodo 12:21-23).

Los israelitas podrían haber razonado que la gracia de Dios les estaba garantizada hicieran caso o no. Después de todo, eran su pueblo *escogido* y tenían pruebas. Habían sido protegidos del juicio de Dios en otras plagas, mientras que todos a su alrededor sufrían. Hubiera sido una suposición fácil de hacer.

Pero en lugar de eso, obedecieron.

“Entonces el pueblo se inclinó y adoró. Y los hijos de Israel fueron e *hicieron puntualmente así*, como el Eterno había mandado a Moisés y a Aarón. Y aconteció que a la medianoche el Eterno hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales. Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto” (vv. 27-30, énfasis añadido).

Hubo lamento en cada casa egipcia, pero no fue el caso en ninguna de las casas de Gosén, donde vivían los israelitas. Habían seguido las instrucciones de Dios y sus primogénitos habían sido protegidos. Pero si no hubieran escu-

chado, ignorando la condición que Dios les puso, sus primogénitos también habrían muerto.

Dios hubiera *dejado* de mostrarles gracia.

¿Están en conflicto la ley y la gracia?

La obediencia es más que algo práctico; es esencial para cualquiera que desee permanecer bajo la gracia de Dios. Pero necesitamos entender la profundidad del *por qué*. ¿Por qué es la obediencia tan crítica que ni siquiera la gracia la vuelve innecesaria? Gran parte del cristianismo moderno ignora este punto e incluso pone a la ley en conflicto con la gracia.

La gracia de Dios nos lleva a la salvación, que es la vida eterna en su familia. Actualmente, la familia de Dios se compone del Padre y Jesucristo, que están unidos en un lazo de paz inquebrantable. No es una paz frágil basada en algún interés mutuo pasajero. La profunda paz que el Padre y Jesucristo comparten proviene de su unidad *absoluta* en pensamientos y valores.

Las leyes de Dios son escalones para conocer el corazón y el carácter que Él quiere preservar en su familia por la *eternidad*. Nos muestran cómo es Dios y cómo piensa. Definen su carácter perfecto y justo. Seguir esas leyes es como poner guías en nuestras mentes para conducir nuestras acciones y pensamientos. Y mientras más se convierte ese estándar en parte de nosotros, más nos *parecemos* a Dios. En otras palabras, hacemos de su carácter *nuestro* carácter.

Esta clase de transformación es básicamente el examen de entrada para convertirnos en parte de su familia. ¿Hemos interiorizado su manera de pensar al punto de que Dios puede confiar en que lo seguiremos por la eternidad? Eso es lo que Él busca.

La ley de Dios nos revela su perfecto carácter moral. La obediencia a sus leyes no puede eliminar la pena de muerte que merecemos por haberlas quebrantado (Romanos 6:23) y ningún acto de obediencia, presente o futuro, puede borrar lo que hicimos en el pasado. Aunque obedecer la ley transforma nuestra vida y nos trae gozo y satisfacción, la ley en sí misma no puede transformar nuestras mentes.

Aquí es donde entra la gracia. Lo que la ley de Dios no puede hacer se vuelve posible a través de su intervención y gracia.

En su misericordia, Dios nos permite vernos a nosotros mismos bajo la luz de sus estándares justos y nos lleva al arrepentimiento, nos perdona y nos da poder para obedecerle.

Filipenses 2:12-13 dice: “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, *porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*” (énfasis añadido). Ésta es una excelente ilustración acerca de cómo la gracia interactúa con la ley.

A través de la *ley de Dios* se nos da la meta final y el camino al carácter de Dios. A través de la *gracia de Dios*, se nos concede perdón y los medios para obedecer y obtener la paz necesaria para ser salvos.

Entonces, el debate de la ley *versus* la gracia proviene de una premisa defectuosa, como si tuviéramos que elegir una de las dos. Pero nunca ha sido así. Siempre han sido *ambas*. La ley y la gracia no nos llevan en direcciones opuestas.

Son *complementarias*.

No es “ley *o* gracia”; es “ley *y* gracia”.

Pablo y la gracia

Ahora nos encontramos ante una encrucijada: o todo lo que hemos aprendido acerca de la gracia y sus condiciones concuerda con las enseñanzas de Pablo o él mismo contradice ese entendimiento y propone una versión diferente de la gracia de Dios.

La última postura sería difícil de respaldar, especialmente dado que Pedro, un apóstol prominente, nos advierte acerca de cuán fácil puede ser malinterpretar los escritos de Pablo.

“...en todas sus epístolas... hay algunas *difíciles de entender*”, dijo Pedro, “las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición” (2 Pedro 3:16, énfasis añadido).

Podemos sacar dos conclusiones de este pasaje. Primero, los escritos de Pablo se consideran parte de las “Escrituras” y, por lo tanto, sus enseñanzas deben estar en consonancia con el resto de la Biblia. Segundo, desde la época de los apóstoles existe una tendencia a malinterpretar sus palabras de forma espiritualmente peligrosa. ¿Acerca de qué tema en particular? El contexto sugiere que los errores se centraban en el concepto de la gracia.

Lamentablemente, este problema persiste hasta ahora. Hoy en día, muchos cristianos que profesan tienen una idea errada de la gracia porque malinterpretan las Escrituras, especialmente las palabras de Pablo.

Entonces, para asegurarnos de no caer en la misma trampa de quienes tergiversan la Biblia “para su propia perdición”, analicemos algunos pasajes “difíciles de entender” *a la luz* de las claras enseñanzas que ya hemos leído.

Descubriremos que, en realidad, Pablo habla más acerca del concepto de la gracia que cualquier otro autor del Nuevo Testamento y sus enseñanzas complementan, no contradicen, las de Jesús y los otros apóstoles.

Veamos lo que Pablo dice *realmente* acerca de la gracia.

Un regalo, no un pago

Antes de convertirse en apóstol, Pablo era un fariseo ambicioso —un miembro de la secta “más rigurosa” de los judíos (Hechos 26:5). En ese tiempo, él se enorgullecía mucho de seguir la ley meticulosamente. Incluso admitió que veía su estricta obediencia como una especie de credencial (Filipenses 3:3-7).

Sin embargo, el problema de Pablo y los demás fariseos no era que se esforzaran por obedecer la ley de Dios, sino su *actitud*. Muchos eran arrogantes y se sentían con derecho a todo debido a sus logros religiosos, lo cual tergiversaba sus pensamientos. Espiritualmente, se hundieron hasta el punto de pensar que Dios *les debía* su favor por su obediencia estricta (Lucas 18:9-14).

En pocas palabras, eran *legalistas*; es decir, pensaban que su valor y estatus ante Dios dependía solamente de sus acciones.

Pablo tenía mucho que desaprender del pasado, y su transformación se evidencia en su firmeza al reiterar que la gracia es un regalo inmerecido: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).

Ésta es exactamente la clase de comentario que haría una persona tras escapar de las garras del legalismo farisaico, buscando dirigir a su audiencia a la verdadera fuente de la salvación.

Pero note que Pablo también subrayó la importancia de las obras. En el siguiente versículo aclara: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús *para buenas obras*, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (v. 10, énfasis añadido).

Su punto era que, si bien las “obras” son absolutamente necesarias, no son capaces de salvar a nadie. La función de la ley de Dios es definir el camino de vida correcto, pero no puede salvarnos cuando nos desviamos de él.

Sólo la gracia puede salvarnos, y la gracia sólo viene de Dios.

Pablo le recordó a Tito que Dios nos salva “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, *sino por su misericordia*” (Tito 3:5, énfasis añadido). Dios, en su misericordia, nos da el regalo de su gracia, y es a través de su gracia que podemos ser salvos.

Y no podría ser de otra manera. Si pudiéramos ganarnos la gracia, nos pondríamos a nosotros mismos en un pedestal, menospreciando a Dios y su intervención en nuestras vidas. La gracia no sería un regalo de Dios, sino un pago.

Ésa fue la lógica que Pablo usó en Romanos cuando dijo “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia” (Romanos 11:6).

La postura de Pablo es muy clara: la gracia nunca ha sido ni será algo que podemos ganar. No hay una fórmula que diga: si obedecemos un mandamiento por un período de tiempo definido, entonces Dios tiene que mostrarnos su favor. Ésta es la clase de pensamiento que Dios desafió cuando le preguntó a Job: “¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo restituya?” (Job 41:11).

Creer que Dios nos debe gracia desestima por completo su carácter misericordioso y erosiona el fundamento del evangelio. No es sorpresa que Pablo haya enfatizado tanto en cuán inmerecida es la gracia. Su propósito era aclarar a sus lectores que la salvación no es un pago por nuestros esfuerzos físicos, sino una demostración de la bondad y la generosidad de Dios.

La gracia es un *regalo*.

¿Un permiso para pecar?

Probablemente se imagina qué puede ocurrir si llevamos esta enseñanza de Pablo al extremo: *si no podemos ganarnos la gracia, entonces nada de lo que hagamos importa y la ley de Dios es innecesaria*.

Si seguimos esa lógica, muy pronto estaremos justificando el pecado y tratando la gracia como un pase permanente para “salir de prisión”.

De hecho, una variación de esta idea surgió en el primer siglo con el nombre de “antinomismo”, que literalmente significa “contra la ley”. Afortunadamente, Pablo estaba ahí para oponerse a la forma en que supuestos cristianos estaban malinterpretando sus palabras.

En Romanos 6:1, Pablo hace una pregunta sencilla: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”. En otras palabras, ¿deberíamos seguir pecando para tener aún más gracia? “*En ninguna manera*. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (v. 2, énfasis añadido).

¿Podría Pablo haber sido más claro?

Y note que el “pecado” aquí no es un vago concepto de maldad. Pecar es quebrantar cualquier aspecto de la ley de Dios, en letra o en espíritu. Esto significa que la ley de Dios es fundamental incluso en los escritos de Pablo, donde el pecado se define y se establecen los límites de una conducta aceptable (Romanos 4:15).

¿Por qué alguien, tras arrepentirse de cruzar esos límites, querría cruzarlos de nuevo? Sería una actitud aberrante. Explotar la gracia de Dios para gratificar nuestros deseos pecaminosos implicaría tergiversar las Escrituras e insultar la misericordia de Dios.

La misma idea se expresa como una advertencia en el libro de Hebreos, que según algunos estudiosos fue escrito por Pablo: “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:26-27).

A pesar de los esfuerzos de algunos por tergiversar sus palabras, Pablo no se adhería al antinomismo. Estos dos versículos enseñan claramente que *la forma* en que respondemos a la gracia de Dios en nuestras vidas es crucial.

¿Qué significa estar bajo la gracia y no bajo la ley?

La segunda parte de Romanos 6:14, “pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”, es lo que muchos usan para argumentar que no necesitamos obedecer todos los mandamientos de Dios. Pero esta interpretación es incorrecta porque implicaría que Pablo contradijo a Jesús y los apóstoles y, por lo tanto, que la Biblia es inconsistente y poco fiable.

A primera vista, pareciera que Pablo sí está negando la necesidad de obedecer la ley de Dios, pero eso no es realmente lo

que dijo. No estar “bajo la ley” y no estar “obligado a obedecer la ley” son cosas diferentes. ¿Qué estaba diciendo Pablo entonces?

El contexto de este pasaje es la condición (libertad) de quienes han recibido la gracia de Dios por medio de Jesucristo. Pero no se trata de una libertad para hacer lo que queramos; es una libertad del control y la pena del pecado.

Note el contexto, comenzando en los versículos 6 y 7: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado [liberado] del pecado”.

Pablo compara nuestra relación con el pecado a la de un esclavo y su amo, un concepto que reitera en el versículo 12: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”. Antes de la conversión, el pecado era nuestro amo; nos controlaba a través de nuestros deseos pecaminosos. Todos le servimos en diferentes niveles y estábamos condenados a la muerte eterna; y no podríamos haber cambiado eso ni con nuestros mejores esfuerzos.

Sin embargo, quienes han muerto con Cristo a través del arrepentimiento y el bautismo (vv. 3-5), han sido “[justificados] del pecado” (v. 7). Es decir, han sido librados del poder del pecado en sus vidas.

Dado que el pecado está en nuestra naturaleza, tratar de alcanzar los estándares justos expresados en la ley de Dios por nuestra propia fuerza sería una causa perdida. Sin embargo, aun así, muchos creen que pueden alcanzar una buena posición a los ojos de Dios siendo más estrictos en su comportamiento.

Esta idea, conocida como “legalismo”, propone un sistema de salvación defectuoso. Expone el pecado sin proveer de un camino para liberarse de él; y no promete libertad, sino una esclavitud continua que culmina en la muerte eterna.

Pero los cristianos que se encuentran “bajo la gracia” ya no están en ese estado espiritual sin esperanza. A través del poder de su Espíritu Santo, una extensión de su gracia, Dios nos

da los medios para escapar de las garras del pecado y vivir en obediencia a Él.

Note una vez más cómo el contexto lo aclara: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque *el pecado no se enseñoreará de vosotros*; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:12–14, énfasis añadido).

El pecado no tiene autoridad sobre nuestras vidas porque Cristo nos rescató. En consecuencia, ya no estamos “bajo la ley” y su sanción, sino “bajo la gracia”.

En el versículo siguiente, Pablo aclara: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos [quebrantaremos la ley de Dios], porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera” (v. 15).

Pero si hay una forma incorrecta de responder (y evidentemente la hay), ¿cuál es la manera correcta?

¿Hacia *dónde* debería conducirnos la gracia?

La única respuesta apropiada

Como vimos antes, Dios nos ofrece su gracia porque quiere hacernos parte de su familia. Esto implica que la respuesta correcta a esa gracia es hacer las cosas que Dios espera que hagamos para alcanzar tan maravilloso propósito.

Entre el inicio y el final de ese proceso —el Reino de Dios— se extiende un camino estrecho y difícil de desarrollo del carácter cristiano (Mateo 7:12–14). Y, aunque Dios nos equipa para el viaje, nosotros tenemos un importante papel que cumplir.

Como los demás escritores del Nuevo Testamento, Pablo enseña que nuestra responsabilidad es seguir los pasos de Jesucristo y crecer espiritualmente. Le dijo a Tito: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación

a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11-12).

La gracia de Dios debería inspirarnos a ser sobrios, justos y piadosos. No porque Dios sea un Padre duro que quiere negarnos la diversión y el placer, sino porque quiere *transformar* nuestras mentes. Y cuando nos oponemos a su ley desobedeciendo, detenemos nuestro crecimiento y perdemos de vista el propósito de la gracia.

Pablo amplía esta idea en Romanos: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1-2).

Cuando buscamos a Dios, nuestras mentes no son páginas en blanco. Están marcadas por los valores del mundo y el pecado. Pero cuando nos esforzamos por ser “santos” y “aceptables” con la ayuda de Dios, comenzamos la transformación espiritual que Él desea. Ésa fue la súplica de Pablo a la Iglesia, considerado la misericordia de Dios: *transformaos*.

En Colosenses 1:10, Pablo escribió: “para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios”. En otras palabras, el apóstol estaba diciendo que deberíamos vivir de una manera que honre lo que Dios ha hecho por nosotros, creciendo espiritualmente. Cuando el desarrollo del carácter cristiano se convierte en nuestra prioridad, entonces estamos cumpliendo con la esencia de nuestro llamamiento y el propósito de la gracia.

Finalmente, con la ayuda y la gracia de Dios, nuestro propósito es alcanzar la meta de convertirnos en “un varón perfecto” y obtener “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

Conclusión

Un regalo para usted

Comenzamos este folleto con la pregunta: “¿Qué es la gracia?”, y descubrimos que es el favor inmerecido de Dios.

Luego, exploramos el papel de la gracia en la salvación que Dios nos ofrece y su conexión con el sacrificio de Jesucristo, el llamamiento de Dios, el perdón de nuestros pecados, el regalo del Espíritu, nuestra relación con el Creador y la transformación de nuestras mentes.

También aprendimos que la gracia es condicional y depende de nuestra obediencia, que podemos perderla y que todos los escritores del Nuevo Testamento enseñan lo mismo acerca de lo que Dios espera cuando nos muestra su gracia.

Hemos analizado el concepto de la gracia a profundidad y ahora es momento de hacer otra pregunta —una que sólo usted puede contestar.

Ahora que entiende la gracia, *¿qué hará?*

Hace dos mil años, un grupo de judíos se reunió en Jerusalén para celebrar Pentecostés, cuando un enorme milagro ocurrió. Los apóstoles de Jesús recibieron el Espíritu Santo y Pedro fue

inspirado para ponerse de pie y predicar, así que le habló a su audiencia acerca de algunas de las verdades que usted acaba de leer:

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien *vosotros* crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”, dijo (Hechos 2:36, énfasis añadido).

Obviamente, no todos los presentes habían sido cómplices directos de la ejecución de Jesús. Sin embargo, el “vosotros” de Pedro se aplicaba a todos: su generación, la nuestra y todo ser humano a través de la historia.

Todos hemos pecado, por lo que todos tenemos una responsabilidad personal en la muerte de Jesús.

Note la reacción de algunos en la multitud: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (v. 37).

Las palabras de Pedro les llegaron muy profundo. Los oyentes sintieron el peso de sus pecados. Sabían que algo tenía que cambiar, pero no estaban seguros de cómo hacerlo.

Entonces, Pedro respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (vv. 38-39).

Lo que estas personas necesitaban desesperadamente era la gracia de Dios; y Él les estaba ofreciendo el perdón de sus pecados y el camino hacia la salvación. Ese día, “los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (v. 41).

La buena noticia es que el proceso que Pedro describió para recibir la gracia de Dios sigue vigente hasta hoy.

¿Qué debería hacer *usted*? Como aquellos en la multitud, debería arrepentirse y bautizarse.

Dios le ofrece su gracia como un regalo ahora, así como eventualmente se la ofrecerá a *toda* la humanidad.

Acerca de **VidaEsperanzayVerdad**

VidaEsperanzayVerdad.org existe para llenar un vacío crucial en este mundo: la falta de entendimiento acerca del propósito de la vida, ¡la falta de una esperanza realista de un futuro mejor y la falta de verdad! Ni la religión ni la ciencia han respondido satisfactoriamente estas preguntas, y las personas en la actualidad tienen opiniones divididas, están confundidas o, peor aún, ya ni siquiera les importa. Las antiguas palabras del profeta Isaías hoy suenan más ciertas que nunca: “La verdad tropezó en la plaza” (Isaías 59:14). ¿Por qué? ¿Es porque Dios tenía la razón cuando advirtió que los seres humanos se inclinan a rechazarlo a Él y generalmente deciden no conocerlo?

Estamos aquí para las personas que están buscando respuestas, que están dispuestas a comprobar todas las cosas y que tienen el deseo de ir más allá del conocimiento que han recibido acerca de Dios, la Biblia, el significado de la vida y cómo vivirla. Queremos ayudarles a entender verdaderamente las buenas noticias del evangelio y a cumplir la advertencia de Jesucristo de “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”.

VidaEsperanzayVerdad.org es patrocinada por la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial. Está respaldada por las generosas contribuciones de donadores y miembros de la Iglesia alrededor del mundo, que hacen posible que todo en este sitio sea gratuito, cumpliendo lo que Jesucristo dijo: “de gracia recibisteis, dad de gracia”. Usted nunca tendrá que pagar nada ni se verá económicamente obligado a contribuir en este sitio.

La Iglesia de Dios, una Asociación Mundial tiene congregaciones alrededor del mundo en más de 50 naciones, con sus oficinas principales en Estados Unidos, cerca de Dallas, Texas. Si desea saber más acerca de la Iglesia, puede visitar nuestro sitio **iddam.org**.

Más de VidaEsperanzayVerdad.org



Medite cada día en un versículo. Revíselos en **VidaEsperanzayVerdad.org**.



Reciba los blogs más recientes de Vida, Esperanza y Verdad tan pronto como se publican. Suscríbase en **VidaEsperanzayVerdad.org**.



SUSCRÍBASE AL BOLETÍN

¡No se pierda ninguna publicación! Suscríbase para recibir los últimos artículos y actualizaciones en **VidaEsperanzayVerdad.org**.



¡Lea nuestra revista bimensual que le dará respuestas prácticas a las preguntas que afectan su vida! Suscríbase gratis en **VidaEsperanzayVerdad.org**.

¡Conéctese con nosotros!



[VidaEsperanzayVerdad](#)



[Vida, Esperanza y Verdad](#)



[VidaEsperanzayVerdad](#)



info@iddam.org